

LA CUARESMA, EN LOS SERMONES DE SAN BERNARDO DE CLARAVAL

INTRODUCCION

En los sermones de Cuaresma, san Bernardo, acercándose a este tiempo particular del año litúrgico, se acerca, de algún modo, a todo el misterio cristiano. Este procedimiento, por lo demás, es habitual en nuestros Padres, inclinados siempre a una mirada sintética que ve todo el misterio en cada faceta del mismo. Este es uno de los motivos de su exégesis bíblica, en la que las citas se atraen unas a otras en un juego dialéctico que a nuestra mentalidad a veces le resulta un tanto forzado, pero que responde al sentido profundo de la analogía de la fe. Todo esto es un eco de su acercamiento litúrgico al misterio cristiano, fruto de su *vida* litúrgica en la que dicho misterio es un todo (explicitado progresivamente) dentro del cual los diferentes pasajes bíblicos y los contenidos de la fe se aclaran, se complementan y se revelan, unos a otros, con miras a una comprensión sintética de la totalidad. Comprensión sintética que, en consecuencia, implica una cierta asistematicidad.

Veremos como, para Bernardo, la Cuaresma es un concentrado de toda la vida cristiana, de toda la vida del monje. El marco en el cual se entiende el entrenamiento cuaresmal (y toda la vida) es la "situación límite" en la cual se encuentra el hombre: en la lucha que tiene lugar en el tiempo final de la historia de salvación, para que el Reino de Cristo se instaure entre los hombres. El monje es un hombre que camina y lucha en la historia de salvación. Por eso el fin principal, la meta de la Cuaresma es la unión con Cristo, hacer de El, la cabeza de todo. Pero para llegar a esta unión, el primer paso es la conversión del corazón. Y los frutos de la misma serán los tres típicos ejercicios cuaresma-

les: ayuno, oración, justicia. El ayuno, que en realidad es una expresión de la ascesis en general, expresa la relación consigo mismo; la oración, la relación con Dios; la justicia, la relación con el prójimo. Por tanto, los cinco puntos a tratar son: —Cuaresma, síntesis de la vida cristiana (1); —Marco: situación del monje en la historia de salvación (2); —Meta: unión con Cristo (3); —Fundamento: conversión (4); —Frutos: ayuno, oración, justicia (5).

1 — Cuaresma: síntesis de toda la vida cristiana

Toda la vida cristiana es un progreso en la búsqueda de Dios hasta llegar a la visión.

“... todo el tiempo de esta vida no tiene otra finalidad: ‘Buscad al Señor’...” (III,3)

“apliquémonos a progresar día tras día, de virtud en virtud hasta ver a Dios en Sión” (VI, 4)

Pero la cuaresma es el “sacramento de nuestra vida” (III,4), es decir el signo que contiene esta realidad de nuestra vida.

Por eso es un tiempo de renovación de todo lo que en el resto del año no correspondió a aquel fin.

“... si en los demás días se hubiera enfriado un tanto vuestro entusiasmo, es justo que ahora se caldeé con el fervor del espíritu” (III,4)

“En este santo tiempo esforcémonos en vivir con toda pureza” (VI,4)

“...ahora se nos pide expiar en unos pocos días las negligencias de todo el año” (VI,4)

Así la cuaresma dejará frutos en toda la vida y “resplandecerá siempre en nuestra vida las claras señales de esta cuaresma” (VI,4). Ella es signo y a la vez deja señales.

2 — Marco: situación del monje en la historia de salvación

La situación en la que se encuentra el monje es de lucha.

“Vivimos en gran peligro y en una lucha sin cuartel...” (V,3)

“...renovemos con todo esmero las armas espirituales. Ahora el Salvador alista todo el ejército de la tierra...” (VI, 4)

Pero la gravedad de esta lucha reside en que el monje no lucha de igual a igual, el es "forastero y peregrino" "que se mantiene a distancia de los malos deseos" (VI, 1)

El se mantiene "suspendido" de algún modo entre "la penitencia de la vida pasada (que) nos exige el luto, y el deseo de la futura felicidad (que nos exige) el llanto" y hasta "desecha todo consuelo hasta que lleguen (los gozos venideros)" (II,4).

El monje es aquel que vive en su radicalidad el hecho de haber sido ya rescatado del mundo y estar a la vez inmerso en el combate para que este rescate llegue a su plenitud.

Pero ¿dónde y contra quién se desarrolla esta lucha?

El campo somos nosotros mismos "doquier vayamos llevamos nuestro propio enemigo: la carne..." (V,1). Ella "se nos dio como ayuda" pero se puede convertir "en perdición y en lazo" (V,2).

La que opera este cambio es "la astuta serpiente" (V,2). Ella actúa desde dentro del hombre haciendo aliada suya a la debilidad de la carne.

"Nos ata con nuestro propio cinturón y... nos apalea con nuestro propio bastón" (V,2)

"Nuestro enemigo agota todos los medios para que nuestro sacrificio pierda la abundancia de la devoción y no sea grato a Dios y que nuestra conciencia se regocije menos con el gozo espiritual" (V,2)

"Si esta (oración) es realmente eficaz... el enemigo suele impedirle con toda su astucia" (IV,3)

Así, Bernardo ve la exterioridad del mal que nos acecha, pero sin achacarle toda la responsabilidad, sino dejando ésta en la interioridad del hombre. Este es el fundamento del papel que desempeñará la voluntad en la lucha ascética y que veremos más adelante.

3 – Meta: unión con Cristo

El fundamento de nuestra unión con Cristo está en la gracia "capital" que en él reside y de la que nosotros participamos como cuerpo suyo.

"La plenitud de la gracia está en la cabeza y de ella participamos todos" (I,2)

Es por esto que la cuaresma es un "misterio" (sacramentum) (III,1); es una participación en uno de los misterios de su vida. Es decir, el hecho de que la plenitud de la gracia esté en Cristo y nosotros podamos participarla, es la con-

dición de posibilidad de que podamos comulgar en los misterios o sacramentos de su vida o signos eficaces de la gracia que contienen.

Esta participación de la gracia es constitutiva de Cristo; todo en El dice relación a nosotros.

“Todo lo que ella (cabeza) padeció, fue por nosotros” (I,1)

“... estamos seguros de que no ayunó por si, sino por nosotros” (III,2)

La consecuencia de esto es la necesidad del seguimiento y la imitación.

“con mayor generosidad debemos imitar el ejemplo de Cristo, entregado al ayuno...” (III,2)

“Todo mi bien está en unirme a Ti, ¡Cabeza gloriosa y bendita!... Te seguiré adonde quiera que vayas...” (I,2)

Pero ¿qué es este seguimiento? Tiene dos aspectos: activo y pasivo.

Activamente es la colaboración en la obra de la redención, apoyados en la certeza de que esta ya está realizada. Es mantener la corriente vital de la salvación por nuestra cooperación a la gracia.

“Si somos indolentes en colaborar con El en la obra de nuestra salvación ¿Cómo demostraremos que somos sus cooperadores? No estará de más que ayune con Cristo el que ha de sentarse con El a la mesa del Padre...” (I,1)

“... si falta la cooperación, cesan las gracias” “Unge pues tu cabeza devolviendo al que está sobre tí, tu devoción, tu gozo y tu amor. Unge tu cabeza y atribuye a ella la gracia que tienes. No busques tu gloria sino la suya” (I,3-4)

Es en definitiva actuar la recapitulación de todo en Cristo porque “¿cómo puede sentir y vivir un miembro que no está unido a la cabeza?” ya que el hombre “no está nunca sin cabeza” (I,1). O la tiene en Cristo o en la serpiente.

Pasivamente, es Cristo mismo quien vive sus misterios por y en nosotros.

“Tú llevas mis dolores y sufres por mi; tú eres el primero en pasar por la estrechez de la pasión, para ofrecer a los miembros que te siguen una puerta ancha” (I,2).

4 – Fundamento: conversión

a) *Conversión: ruptura*

Como ya dijimos el monje vive en una situación de corte radical con el pasado en cuanto pecado y tensión casi dolorosa hacia el futuro, lo cual le hace desechar el consuelo presente. (cf. II,4 texto citado).

La conversión es ruptura. Es apertura dolorosa de aquello que cierra al hombre en sí mismo —la voluntad propia— mediante aquello que lo abre a Dios —la Palabra de Dios—.

“¿Hay alguno de entre vosotros que tenga obstinada la voluntad en algo? Desgarre su corazón con la espada del espíritu, que es la palabra de Dios; rómpalo y dese prisa a tritularlo. Sin romper el corazón es imposible convertirse a Dios de todo corazón” (II, 5)

b) *Conversión de todo el ser*

Pero la ruptura del corazón es sólo la base de una vuelta positiva de todo el ser hacia Dios. Conversión no es represión o negación, sino plenitud de lo humano en Dios. Por eso habla Bernardo de convertir al Señor los cuatro afectos fundamentales.

“Conviértase pues tu amor y nada ames fuera de Dios o por Dios. Conviértase también a él tu temor, porque está pervertido si temes algo que no sea él o por él. Y conviértase también a él tu gozo y tu tristeza. Así será si sufres y gozas según Dios” (II,3)

Esta integralidad o totalidad de la conversión es presentada desde muchos otros ángulos.

Veamos algunos ejemplos.

El ayuno debe ser hecho por una parte con conciencia pura, en verdad, no por ansia de vanidad; pero por otro lado debe ser hecho con alma generosa, no con intranquilidad y resentimiento.

“Al que ayuna por ansia de vanidad se le dice: lava tu cara. Y el que lo hace con intranquilidad y resentimiento, debe ungir su cabeza. Esa cabeza es la intención interior. La unge al ayunar si se goza espiritualmente en él” (I,6)

La conversión debe ser a la vez, exterior e interior.

“La simple conversión corporal no vale nada...” (II, 2)

“Piensa si bajo el hábito monástico tienes un espíritu mundano o tu sayal

de converso encubre un corazón pervertido" (II,3)

"Sin embargo no debemos devaluar la conversión corporal, porque hay que reconocer que ayuda y no poco a la espiritual" (II,4)

También toda la realidad humana queda englobada en las peticiones que debemos hacer al Señor.

"Creo que las peticiones de nuestro corazón son tres y no veo qué otra cosa debe pedir un elegido. Dos pertenecen a esta vida; son los bienes del cuerpo y del alma; la tercera es la bienaventuranza de la vida eterna" (V,8)

Pero también aquí nos precave para que estas peticiones sean hechas en verdad, desde la interioridad del corazón.

"Para que estas peticiones broten del corazón, debemos puntualizar tres cosas. En la primera suele introducirse la superfluidad; en la segunda la impureza y en la tercera la soberbia" (V,9)

Lo notable es que conversión es vuelta hacia Dios de todo el ser que debe vivir el misterio cristiano, el mensaje evangélico en plenitud. De ahí la continua búsqueda de síntesis entre los aspectos aparentemente contrapuestos: interioridad — exterioridad; verdad — generosidad; etc.

c) Conversión: humildad

El núcleo más profundo de esta vuelta hacia Dios es la humildad. "Es el misterio del Reino de Dios" (II,1), porque es la única manera de alcanzar al Dios sublime y omnipresente.

"¿Qué significa hermanos este precepto del Señor de convertirnos a él? El está en todas partes, todo lo llena y lo abarca... Es el misterio del Reino de Dios... 'Si no os cambiáis y os haceis como niños, no entrareis en el Reino de los Cielos'. Ya sé claramente adonde tengo que volver. Debo hacerme un niño..." (II,1)

"Sí, el Señor es sublime, pero se fija en el humilde y se aparta del soberbio. Humíllate y lo alcanzarás" (II,1)

Como todos los misterios, es participación en la vida de Cristo.

"Debo hacerme como un niño y aprender de él, que es manso y humilde de corazón" (II,1)

Pero no es una exigencia desde fuera. Es lo que brota de la verdad de nues-

tro ser de criaturas frente a Dios.

“Esta es la ley de la misericordia y por ella confío, Señor, en tí. Si el camino propuesto fuera la grandeza y allí se manifestara la salvación de Dios, ¿cuánto harían los hombres para engrandecerse? ... Humillarse en cambio es la cosa más fácil” (II,1)

5 – Ejercicios: ayuno, oración, justicia

a) Ayuno

– Siempre que Bernardo, en estos sermones, habla de ayuno, lo extiende a la ascesis en general. Podemos considerar el ayuno como signo de toda la ascesis.

“Quiero que seais conscientes de que el ayuno no consiste en abstenerse de alimentos, sino de todas las seducciones de la carne y de todas las apatencias del cuerpo. Debemos ayunar mucho más de los vicios que del comer” (II,4)

Podemos ver esta extensión del ayuno al ejercicio ascético en general, cuando habla del fruto que produce el ayuno: sanación, perdón, mérito, etc.

“Borra el pecado y desarraiga los vicios; nos alcanza el perdón y nos merece la gracia; borra el pecado cometido y evita, además, los que pudiéramos cometer” (IV,1)

– Considerado el ayuno como ascesis, podemos preguntarnos qué es la ascesis. Es ejercicio nuestro, sí; pero ejercicio de cooperación a la gracia.

“Cristo no reclama lo que había dado porque carezca de algo, sino para que no se pierda lo que quieres devolverle. También el agua del río, si se estanca, se corrompe, y al crecer la riada, es desplazada por la que viene. Lo mismo ocurre aquí: si falta la cooperación, cesan las gracias” (I,4)

La misma visión de la ascesis la tenemos cuando Bernardo une ayuno y oración, completándose recíprocamente como esfuerzo humano y gracia divina.

“La oración alcanza fuerza para ayunar, y el ayuno merece la gracia de la oración. El ayuno fortalece la oración, y la oración santifica el ayuno y lo presenta ante el Señor” (IV,2)

– Mostrado el carácter teologal de la ascesis veamos en qué consiste. Tiene dos aspectos: uno de muerte al mundo, el otro, apoyado sobre aquel, de lu-

cha ascética.

- Muerte al mundo. Hay que recordar que somos peregrinos en este mundo.

“Como forasteros y peregrinos que sois, os recomiendo que os mantengais a distancia de los malos deseos” (VI,1)

Pero hay grados en el vivir esta no pertenencia al mundo. Bernardo describe tres grados con las imágenes del peregrino, el muerto y el crucificado.

El peregrino es aquel que no está apegado a nada por tener fija la meta.

“El peregrino camina por la calzada real sin desviarse a derecha ni izquierda” (VI,1)

“Suspira por la patria y a la patria camina” (VI,1)

Pero todavía hay un grado mayor de no pertenencia a este mundo: el estar muerto a todo.

“¿Quién se hace más ajeno a la conducta del mundo que el peregrino? Aquellos de quien dice el Apóstol: ‘Habeis muerto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios’.

El peregrino, por el cuidado del alimento, puede detenerse más de lo conveniente para buscarlo o cargarse con exceso. Pero el muerto no siente nada, ni siquiera la falta de sepultura” (VI,2)

Pero esta muerte no sería nada, si no fuera la condición para que Cristo viva en el así muerto.

“Pero es necesario que Cristo viva en el que ya no vive en sí. Esto es lo que dice el Apóstol: ‘Vivo no yo; Cristo vive en mí’. Como si dijera: estoy muerto a todo eso; no siento, no atiendo, no me interesa; pero lo que pertenece a Cristo me encuentra vivo y pronto” (VI,2)

Sin embargo hay un grado superior de no pertenencia al mundo, que es abrazar con amor la cruz.

“Escucha al que no se gloriaba de tanta altura, sino que decía: ‘lo que es a mí, Dios me libre de gloriarme más que de la cruz de N. S. Jesucristo, en la cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo’. No sólo dice que está muerto al mundo sino crucificado que es la muerte más ignominiosa. Yo para él y él para mí. Todo lo que aprecia el mundo, para mí es cruz: los deleites de la carne, los honores, las riquezas, las vanas alabanzas de los hombres. Yo estoy clavado a todo lo que el mundo tiene por cruz, me uno a ello y me abrazo con todo mi amor” (VI,3)

Como se ve, más que muerte al mundo, es una progresiva muerte a sí mismo para vivir de la vida de Dios. Esta es la condición de la lucha ascética.

- Lucha ascética. Aunque menciona la lucha contra los vicios en particular, Bernardo va a la raíz de todos ellos: la voluntad propia.

“¿Hay alguno de vosotros que tenga obstinada la voluntad en algo? Desgarre su corazón con la espada del espíritu...” (II,5)

“La dureza del corazón y la impenitencia del alma brotan al meditar no la Ley del Señor, sino la propia voluntad” (II,5)

“Pero ayune el alma, sobre todo de los vicios y de su propia voluntad. Sin este ayuno, el Señor reprueba todo lo demás” (III,4)

Pero si en la propia voluntad está la raíz de nuestro mal, esta misma voluntad, ejercitando su libertad puede luchar y vencer el mal.

“... en nuestras manos está no dejamos vencer. Ninguno de nosotros será abatido contra su voluntad. Tus deseos, hombre, dependen de tí, y puedes dominarlos. El enemigo es capaz de despertar el impulso de la tentación, pero si quieres, tú puedes dar o negar el consentimiento. Si quieres, eres capaz de reducir a servidumbre a tu enemigo y que todo coopere al bien” (V,3)

— Finalmente así como la ascesis es esencialmente teologal (colaboración con la gracia), también su finalidad no es otra que Dios mismo, agradarlo, la gratuidad del bien en sí mismo.

“Practicamos las virtudes, pero no por el gozo que se siente, sino por las virtudes mismas y por agradar a Dios con toda el alma, aunque sin sentir el amor” (V,7)

b) Oración

—Si el ayuno (o ascesis en general) representa la parte de colaboración humana en nuestra búsqueda de Dios, la oración es la llamada al auxilio de la gracia. Ascesis y oración van siempre juntas. (cf. IV,2 texto citado).

Por lo mismo, la presentación de la gravedad de la lucha ascética tiene como fin mostrar nuestra flaqueza, y la necesidad de acudir a la misericordia por la oración.

“Esto es lo que busca Dios y quiere que nos convenzamos: al palpar nuestra flaqueza y comprobar nuestra incapacidad acudamos con toda humildad a su misericordia. Por eso os pido, hermanos, que tengais siempre a mano el refugio inexpugnable de la oración” (V,4)

— Bernardo describe la oración como una actitud fundamental de fe ante Dios: la certeza de ser escuchado y recibir lo que nos conviene.

“¿Cuál es la verdad de la fe? ¿No es la que prometió el Hijo de Dios? Cualquier cosa que pidais en vuestra oración, creed que os la han concedido y la obtendreis” (V,5)

“Podemos esperar, sin duda, una de estas dos cosas: nos dará lo que pedimos o lo que él sabe que nos conviene” (V,5)

“La oración nunca es infructuosa” (V,5)

Pero no ignora que esta actitud de fe no nos es espontánea. Sabe que la experiencia nos dice otra cosa. Por eso exhorta a guiarse por el juicio de la fe.

“Siempre que hablo de la oración, me parece oír en vuestro corazón ciertas palabras inspiradas en criterios humanos. Las he oído más de una vez y también yo las he experimentado en mi corazón. ¿Cómo se explica que, aunque no dejamos nunca de orar, apenas nadie de nosotros parece experimentar el fruto de la oración? Como entramos en la oración, así salimos. Nadie nos responde una palabra, nadie nos da nada, parece que trabajamos en balde” (V,5)

“Guíate por el juicio de la fe, no por tu experiencia, porque la fe es veraz y tu experiencia, engañosa” (V,5)

Sin embargo, con esta actitud de fe por base, admite una experiencia, un gusto de las realidades de fe.

“Conocemos los gozos del comer, del dormir, del descanso y de las demás satisfacciones que tenemos en la tierra. Pero ¿qué gozos tiene Dios para regocijarnos en él? Hermanos, los seglares pueden hablar así; nosotros no. ¿Hay alguno entre vosotros que no haya gustado muchas veces la dicha de la buena conciencia, el gozo de la castidad, de la humildad y de la caridad? ... Pero es un placer y mucho mayor que todos aquellos. Es divino, no carnal. Si ponemos nuestra delicia en ellos, también la ponemos en el Señor” (V,6)

Pero lo propio de esta vida no es el gozo acabado (eso es propio de la bienaventuranza), sino la lucha, la búsqueda del Señor, la comunión en el esfuerzo.

“El afecto es propio de la bienaventuranza; la ascesis, de la virtud. “El Señor sea tu delicia”; es decir, lánzate y esfuérzate en que el Señor sea tu delicia” (V,7)

— Finalmente, hablando de los impedimentos de la oración, Bernardo

nos da las características para que la misma sea fructuosa. El primer impedimento es "el enemigo" (IV,3), pero hay tres impedimentos en la manera de hacer oración: el "apocamiento de espíritu", la oración temeraria y la tibieza.

- Por tanto, en primer lugar, la oración debe ser una consideración conjunta de la propia miseria y la misericordia divina.

"También es un grave impedimento el apocamiento de espíritu y el miedo indebido.

Esto suele acontecer cuando el hombre se fija en su propia indignidad y no vuelve sus ojos a la misericordia divina" (IV,3)

- En segundo lugar, y paralelo a la consideración de la misericordia divina, es necesario el propio conocimiento, humilde y contrito.

"Me buscan a mí y todavía no se han hallado a sí mismos. No digo esto para que el pecador pierda la confianza en la oración, sino porque quiero que oren como gente que obró la maldad, no la justicia. Oren con ánimo contrito y espíritu humillado para conseguir el perdón de sus pecados como lo hizo el publicano" (IV,4)

- En tercer lugar, las dos anteriores características que pertenecen a la esfera del conocimiento, deben elevarse a Dios por el fervor de la caridad. Si no, la oración será tibia. En este caso no se trata, como en el primer impedimento, del miedo debido a la consideración de la propia indignidad, sino de la tibieza debida a la falta de caridad.

"Un tercer peligro es la oración tibia, que no nace de un amor ardiente. La oración tímida no penetra el cielo, porque el temor excesivo frena al espíritu, y la oración, en vez de ser una llama viva, se apaga" (IV,4)

En resumen la oración debe ser fiel (en contra del apocamiento) es decir confiada, con fe en la fidelidad de Dios; humilde (en contra de la temeridad) es decir con conocimiento de la propia condición; y ferviente (en contra de la tibieza) es decir de un amor ardiente.

"La oración fiel, humilde y ferviente penetra indefectiblemente el cielo y jamás volverá de allí vacía" (IV,4)

c) Justicia o relación con el prójimo

Bernardo completa los ejercicios cuaresmales de ayuno y oración que serían la justa relación consigo mismo y con Dios, con la práctica de la justicia, que dice referencia al prójimo

"Demos, pues, a nuestro ayuno dos alas para que penetre fácilmente los

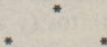
cielos: la oración y la justicia. ¿Qué es la justicia sino dar a cada uno lo suyo? No mires solamente a Dios. Te debes también a tus prelados y a tus hermanos" (IV,2)

En realidad, la caridad y la obediencia "encuadran" el ayuno y la oración. Si faltan aquellas, estas carecen de mérito, carecen de verdad.

"Dios no quiere que menosprecies a los que jamás él menosprecia. Nos lo confirma el Apóstol: 'Procurad hacer el bien no sólo ante Dios, sino también ante la gente'. Tal vez me repliques: 'Me basta si Dios aprueba lo que hago; ¿qué me importa el juicio humano?' Ten la seguridad de que es imposible agradarle si lo que haces escandaliza a sus hijos y es contra la voluntad de aquel a quien debes obedecer como a su vicario" (IV,2)

No hay justa relación con Dios, si no la hay con el prójimo. No hay ascesis sin caridad.

"Santificad el ayuno, convocad la asamblea. ¿Qué significa convocar la asamblea? Conservar la unidad, amar la paz, amar la fraternidad. Aquel fariseo soberbio ayunó, santificó el ayuno, pues ayunaba dos veces a la semana y daba gracias a Dios. Pero no convocó la asamblea: 'no soy como los demás'. Se apoyaba en una sola ala, y su ayuno no llegó hasta el cielo" (IV,2).



Sé que he abundado en citas. La intención es invitar al lector a entrar en el mundo de san Bernardo. Su mundo se unifica en un apasionado amor por Cristo. Para él, Cristo y el misterio cristiano es una piedra preciosa de infinitas facetas, siempre por descubrir, iluminar, asombrarse. Por eso a veces su estilo nos resulta difícil de seguir, de estructurar. Esto nos sucede por intentar aprehender el misterio. Es más fructuoso entrar en él y que el misterio se apodere de nosotros.

CONCLUSION

Luego de lo dicho en la introducción sobre el acercamiento sintético de san Bernardo al misterio cristiano, podemos preguntarnos: pero ¿cuál es la peculiaridad, lo propio de la Cuaresma, para él? Retomemos algunos de los puntos vistos.

En primer lugar, según decíamos en el primer punto, es un tiempo "in-

tensivo" de vida cristiana. Supone, por tanto, renovación de lo pasado, y frutos o consecuencias hacia el futuro. Y así, se da una interrelación o diálogo entre vida (de todo el año, digamos) y Cuaresma, "Sacramento de nuestra vida". Esta llega a la Cuaresma con su lastre de negligencia y debilidad, y en ella es purificada, recuperando su fervor. Sin embargo, esto no es un círculo cerrado y repetitivo, sino etapas de un progreso en la búsqueda de Dios. Es fundamental en san Bernardo, la concepción del hombre como ser siempre en progreso, en crecimiento. Este es el sentido de los tres grados de verdad (Tratado sobre los grados de humildad y soberbia), de los cuatro grados del amor (Tratado sobre el amor de Dios), de las tres libertades (Tratado sobre la gracia y el libre albedrío), de tantos otros grados y enumeraciones.

A la luz de esto podemos comprender lo que decíamos sobre la Cuaresma como tiempo de lucha, que debe ser la actitud continua del cristiano y del monje en este "tiempo final" de la historia de salvación. Lucha cuya finalidad es la unión con Cristo. El es quien nos hace participar en sus misterios, pues todo en El dice relación a nosotros: el habitual "pro nobis" de Bernardo expresa una Cristología inseparable de la Soteriología. Abrirse a participar en sus misterios o a que El los viva en nosotros, es mantener la corriente vital de la salvación. Así, la Cuaresma es un "sacramento".

Para dicha unión con Cristo es necesaria una verdadera conversión. Conversión que es ruptura (apertura de la voluntad propia a la Palabra de Dios), vuelta de todo el ser hacia Dios y, fundamentalmente, humildad. Respecto a esta vuelta de *todo* el ser hacia Dios, es de destacar en san Bernardo, esta continua búsqueda de síntesis de los distintos (y a veces contrapuestos) aspectos de la realidad humana, que deben volverse hacia Dios. Es ésta, otra de las razones de las varias enumeraciones que encontramos aquí y en todas sus obras. Pero dicha vuelta de todo el ser hacia Dios se fundamenta en la humildad, que es "el misterio del Reino de Dios", porque es permanecer en la verdad de nuestro ser ante nosotros mismos, ante los demás y ante Dios.

La actitud profunda de conversión se expresa (y a la vez crece) con los tres ejercicios cuaresmales de ayuno, oración, justicia. Vimos como para Bernardo, el ayuno expresa, en realidad, lo que es la ascesis en general: muerte al mundo y lucha ascética, ejercicio, pero de cooperación a la gracia, la ascesis es, sobre todo, lucha contra la voluntad propia. Comprendemos mejor esto, si lo ubicamos dentro de su concepción del hombre como imagen y semejanza de Dios, esencialmente por la libertad. La oración, por su parte, es ante todo una actitud de fe ante Dios, lo cual no quita un "gusto" de las realidades de fe, que no significa bienaventuranza acabada, sino comunión en la lucha y en el esfuerzo. Finalmente, con su habitual realismo, Bernardo muestra como la justicia o relación de obediencia y caridad con el prójimo, son el ámbito en el que vivir oración y ascesis (o relación con Dios y consigo mismo), son las que

indican la veracidad de éstas.

Todo esto es Cuaresma. Nada más ni nada menos. Es síntesis de vida cristiana.

Monasterio de la Madre de Cristo

Hna. Gabriela SCANAVINO, ocsa

C. C. 16 - 7318 HINOJO (Bs. As.) - Argentina